

NEW LEFT REVIEW 138

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2023

ARTÍCULOS

DYLAN RILEY & ROBERT BRENNER	Siete tesis sobre la política estadounidense	7
VOLODYMYR ISHCHENKO	¿Voces ucranianas?	33
CÉDRIC DURAND	El fin de la hegemonía financiera	45
PHILIP CUNLIFFE	Los significados del Brexit	65
CHRISTOPHER BICKERTON	Pensando como un Estado-miembro	75
THOMAS MEANEY	Las fortunas del <i>Green New Deal</i>	89

ENTREVISTA

TARIQ ALI & ERNEST MANDEL	En el centenario de Ernest Mandel	117
---------------------------	-----------------------------------	-----

ARTÍCULOS

CAITLÍN DOHERTY	Entre el ego y la libido	125
EKAITZ CANCELA & PEDRO M. REY-ARAÚJO	El experimento de Podemos	141

CRÍTICA

SUSAN WATKINS	¿El imperio de los hechos?	167
MICHAEL CRAMER	Viento del Este	179
HARRIET FRIEDMANN	Los futuros de la agroganadería	189

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



THOMAS MEANEY

LAS FORTUNAS DEL *GREEN NEW DEAL*

CONSIDERADA DESDE EL punto de vista retórico, la exigencia de un *Green New Deal* ha sido un éxito genuino, asumido por toda la banda izquierda de la opinión pública. Entendido en general como un estímulo fiscal diseñado para acelerar la transición a una economía renovable dotada de un componente socioigualitario, el *Green New Deal* ha ido adquiriendo una circulación notablemente amplia a lo largo de los últimos quince años gracias a su promesa de eliminar la contradicción existente entre las prioridades económicas y las medioambientales, la cual había atormentado a las fuerzas de izquierda durante la década de 1990 y comienzos del nuevo milenio. A diferencia del decrecimiento, con el que frecuentemente se contrasta el *Green New Deal*, que propone reducir la actividad económica y la producción material para aliviar la presión sobre la ecosfera, este último promete una dinámica doblemente ventajosa: lejos de implicar elecciones o sacrificio alguno, el esfuerzo efectuado para estabilizar el clima puede desencadenar un proceso de expansión productiva en los campos de la energía limpia y la renovación de infraestructuras, propiciando la creación de puestos de trabajo, el fomento de la innovación en las tecnologías verdes y el fortalecimiento de la «seguridad energética»¹.

¹ Para la discusión de las diferencias programáticas y estratégicas existentes entre el *Green New Deal* y el decrecimiento véanse, entre otros, Robert Pollin, «Decrecimiento vs nuevo *New Deal* verde», *NLR* 112, septiembre-octubre de 2018; Mark Burton y Peter Somerville, «Decrecimiento, una defensa», *NLR* 115, marzo-abril de 2019; Lola Seaton, «Cuestiones verdes», *NLR* 115, marzo-abril de 2019; y Kenta Tsuda, «Cuestiones sobre el decrecimiento», *NLR* 115, mayo-junio de 2021.

Con la aprobación el pasado agosto de la *Inflation Reduction Act* en Estados Unidos –contexto nacional por defecto para buena parte del debate sobre el *Green New Deal* en la anglosfera, país de origen del primer *New Deal* y fuente, por mucho, de las mayores emisiones de carbono per cápita respecto de cualquier otro país dotado de una gran población– la retórica inspiradora se convertía por primera vez en una realidad ambigua. Aunque muy lejos de los 16,3 billones de dólares propuestos para el *Green New Deal* por el aspirante a candidato presidencial Bernie Sanders en 2019, la propuesta legislativa original de la estrategia *Building Back Better* diseñada por el gobierno de Biden en 2021 preveía, no obstante, gastar 3,5 billones de dólares en un plazo de diez años en diversos programas sociales, que contemplaban deducciones fiscales y subvenciones para que municipios y corporaciones migrasen a las energías renovables y postulaban el abandono gradual de los combustibles fósiles en la generación de electricidad. Lo que quedó de este proyecto ley en el verano de 2022, cuando adquirió el esperanzado nombre de *Inflation Reduction Act* tras el último intento negociador del líder de la mayoría en el Senado Chuck Schumer con Joe Manchin, el demócrata recalcitrante de Virginia Occidental, y supuestamente después de la llamada en el último momento del exsecretario del Tesoro de Obama, Lawrence Summers, fue una autorización de gasto siete veces menor (en torno a los 490 millardos de dólares) en la que el dinero destinado a la mitigación del cambio climático (aproximadamente 390 millardos) se vehiculaba principalmente mediante deducciones fiscales, asumiendo el resto la forma de subvenciones federales para reducir el precio de los seguros sanitarios y de las medicinas prescritas². Proyectada para reducir en Estados Unidos el 40 por 100 las emisiones de gases de efecto invernadero respecto de su nivel de 2005 en 2030 –una mejora del 10 por 100 respecto a la trayectoria seguida antes de la aprobación de esta ley (que suponía aproximadamente la reducción del 30 por 100 por debajo de los niveles de 2005 en 2030)– se quedaba muy corta respecto al objetivo del 50 por 100 de reducción al que Estados Unidos se había comprometido a tenor del Acuerdo de París sobre el Clima, por no mencionar la propuesta de Sanders, que planteaba una reducción del

² El de *Inflation Reduction Act* es en apariencia un nombre deliberadamente inapropiado: la Oficina Presupuestaria del Congreso concluyó que las medidas tendrían un efecto «insignificante» sobre la inflación. Sus defensores afirman que la ley reducirá la inflación al reducir el déficit, principalmente cerrando lagunas fiscales, rebajando el precio de la energía (así como el de las medicinas prescritas) y fortaleciendo la «resiliencia» energética, lo cual ayudará a proteger a las familias estadounidenses contra futuras subidas del precio del petróleo.

70 por 100, que se lograría descarbonizando por completo los sectores del transporte y la electricidad (los dos mayores emisores de Estados Unidos)³. De hecho, dada la escala tan reducida de la *Inflation Reduction Act* y la eliminación casi total de cualquier componente social igualitario en el debate legislativo, no está claro que esta ley pueda considerarse en absoluto un *Green New Deal*, aun cuando sea un claro descendiente legislativo del programa climático de Sanders.

En cualquier caso, aunque la *Inflation Reduction Act* de Biden solo represente un modesto anticipo para la consecución de un planeta habitable y próspero, se trata de la legislación contra el cambio climático más significativa aprobada hasta la fecha en Estados Unidos, como ha sido generalmente aceptada. La coyuntura actual –en la que el predominio retórico del *Green New Deal* se ha reducido por ahora a la realidad enjuta de la *Inflation Reduction Act*– invita, pues, en primer lugar, a reconsiderar el primero como un amorfo corpus de pensamiento y cruzadas discursivas (los orígenes y la evolución de la idea, su ascenso como fenómeno retórico y lema popular); en segundo lugar, nos obliga a efectuar una evaluación comparativa de las diversas propuestas políticas y las distintas tareas de estrategia política relacionadas con el *Green New Deal* surgidas de la izquierda anglófona durante los últimos años; en tercer lugar, nos invita a reflexionar acerca de la esencia y la importancia política del raquítico *Green New Deal*, que es la *Inflation Reduction Act*, así como sobre los factores contextuales que han abierto el camino a su aprobación; y, por último, y más acuciantemente, todo ello exige que reflexionemos sobre cómo debería reconfigurarse la estrategia ecológica orientada hacia el *Green New Deal* a la luz de la *Inflation Reduction Act* y del cambio que esta presagia en el paisaje económico y político estadounidense. ¿Extinguirá esta ley el impulso del *Green New Deal* o lo renovará?

Aunque se habían efectuado propuestas previas en Alemania (véase el epílogo de este artículo), el *Green New Deal* surgió en el mundo del pensamiento progresista angloestadounidense en los años de Blair y Bush, cuando sus defensores percibieron los informes del Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) como un incentivo para que la industria y el movimiento ecologista estadounidenses creasen un nuevo motor de crecimiento capaz de corregir algunos de los excesos cometidos por la desindustrialización de la década de 1990. La locución «*Green New Deal*»

³ Umair Irfan y Tara Golshan, «Bernie Sander's *Green New Deal*, Explained», *Vox*, 22 de agosto de 2019.

se popularizó a comienzos de 2007, cuando apareció en una columna de Thomas Friedman en *The New York Times*, aunque ya se había utilizado antes en un debate entre Larry Elliot, director de la sección de economía de *The Guardian*, y Colin Hines, exdirector de la sección de Economía Internacional de Greenpeace⁴. Explícita en las primeras concepciones del *Green New Deal* todavía intensamente presente en la *Inflation Reduction Act* propuesta por Biden se hallaba la idea de que este nuevo pacto verde «renovaría Estados Unidos» y «nos pondría de nuevo en sintonía con el mundo» ante el ascenso de China⁵.

Pocos años después el *Green New Deal* era reconocido como una potencial cuestión «divisiva» o un «terreno de enfrentamiento» por escritores ecosocialistas que esperaban que un programa legislativo reformista ampliamente respaldado lograra preparar el terreno –o al menos ganar tiempo– para un proceso de descarbonización y financiación pública mucho más ambicioso⁶. A finales de la década de 2010, los programas de los Democratic Socialists of America (DSA) incluían el *Green New Deal* como parte de la adopción más amplia de una política electoral de izquierda, cuando la perspectiva de la candidatura de Sanders y una módica representación de izquierda en el Congreso estadounidense

⁴ Thomas Friedman, «A Warning from the Garden», *The New York Times*, 19 de enero de 2007. Al año siguiente el asesor de Obama y defensor del medio ambiente de larga data Van Jones publicó *The Green-Collar Economy*, un conciso texto hábilmente lanzado durante el periodo en el que el proyecto de ley Waxman-Markey sobre comercio de derechos de emisión (la *American Clean Energy and Security Act* de 2009) era la solución climática preferida por los Demócratas. En 2009, y remotamente relacionado con la evolución registrada en el mundo anglosajón, apareció en Alemania el primer libro sobre el *Green New Deal*, escrito por el político del SPD Michael Müller y el académico Kai Niebert. La expresión «*Green New Deal*» surgió en los debates de estos autores con el gurú del capital verde alemán y exministro de la CDU Klaus Töpfer.

⁵ Thomas Friedman, entrevista con Trip Van Noppen, presidente de Earthjustice, 2 de julio de 2012. Respecto a la potenciación de la hegemonía estadounidense como objetivo declarado del *Green New Deal*, compárese el libro de Thomas Friedman, *Hot, Flat, Crowded* (2008) –un texto reconfortantemente sincero acerca de la competencia entre las grandes potencias y directo en su defensa del reverdecimiento del ejército estadounidense– con los incansables tecnicismos de Bill Gates en *How to Avoid a Climate Disaster* (2021), que se centra mucho más en el ámbito nacional, inspirándose, por ejemplo, en la creación de la Environmental Protection Agency por Nixon, el posterior Protocolo de Montreal, etcétera.

⁶ Unas de las primeras identificaciones del *Green New Deal* como una cuestión «divisiva» es la de David Schwartzman, «*Green New Deal. An Ecosocialist Perspective*», *Capitalism Nature Socialism*, vol. 22, núm. 3, 2011. Respecto al «terreno de debate», véase Thea Riofrancos, «Plan, Mood, Battlefield. Reflections on the *Green New Deal*», *Viewpoint*, 16 de mayo de 2019.

sugerían que pronto podrían aplicarse políticas verdes significativas. En 2017 se creó el grupo Sunrise Movement, capitaneado por activistas jóvenes, y al año siguiente, cuando un informe trascendental emitido por el IPCC sugirió que el cambio climático necesitaba transformar la economía mundial a una velocidad y una escala «carente de precedentes históricos documentados», estos mismo activistas apoyaron en las elecciones de medio mandato a los candidatos que defendían las energías renovables y trabajaron para expulsar a los que no lo hacían⁷.

El grupo juvenil adoptó más tarde el *Green New Deal*, organizando una sentada delante del despacho de Nancy Pelosi para exigir medidas contra el cambio climático. Alexandria Ocasio-Cortez, recientemente elegida representante por aquel entonces, se unió a los manifestantes de Sunrise y en febrero de 2019 introdujo una proposición de ley no vinculante junto al senador Ed Markey, afirmando que «es el deber del gobierno federal impulsar un *Green New Deal*» para alcanzar el objetivo de cero emisiones netas en 2050 por medio de «una transición justa y equitativa para todos los trabajadores y comunidades». Más avanzado el año, Bernie Sanders planteó su propuesta de destinar 16,3 billones de dólares a luchar contra el cambio climático y antes de las elecciones de 2020, el *Green New Deal* fue asumido por la mayoría de los aspirantes demócratas a la candidatura presidencial, uno de los cuales –Jay Inslee, gobernador de Washington– convirtió la crisis ecológica en la cuestión distintiva de su campaña⁸.

A su vez, en el Reino Unido, el Partido Laborista liderado por Corbyn –formulando su programa en un idioma nacional diferente, de vieja transformación social– había propuesto una ambiciosa «Revolución Industrial Verde», que financiaría una rápida transición verde mediante impuestos directos a las empresas⁹. En 2020 habían proliferado *Green New Deals* de uno u otro tipo en todo el mundo. La Unión Europea anunció un «Pacto Verde Europeo» (la ausencia del adjetivo «nuevo» parecía sugerir un proyecto tecnocrático sin especial necesidad de atraer a la ciudadanía), definido por el objetivo de que el bloque alcanzase emisiones

⁷ «Summary for Policymakers», informe del IPCC, *Global Warming of 1.5°C*, 2018.

⁸ Antes de formar parte del programa de Bernie Sanders, el *Green New Deal* había aparecido en el programa del Partido Verde estadounidense.

⁹ El *Green New Deal* fue asumido también por políticos de izquierda de otras partes de Europa. En Francia, por ejemplo, La France Insoumise de Jean-Luc Mélenchon incluyó una transición ecológica en la líneas del *Green New Deal* en su manifiesto de 2017, *L'avenir en commun*.

neutras en 2050. Seúl prometió establecer un «Nuevo Pacto Coreano», incluida la asignación de 62 millardos de dólares para crear 659.000 puestos de trabajo verdes antes de 2025 y transformar así a Corea del Sur en una economía exportadora de infraestructuras verdes, basadas en el hidrógeno limpio, de aquí a 2050. El diminuto Bután, que se hacía propaganda como el «primer país negativo en carbono» gracias a su territorio ampliamente cubierto de bosques, prometía adherirse a un pacto verde para países de renta baja. En la cumbre del clima COP26, celebrada en noviembre de 2021, Modi presentó su «*panchamrit*» –cinco «néctares» o compromisos por el clima– que tenían por objetivo reducir las emisiones de la India al cero neto en 2070. En el mundo anglosajón, se explicaba habitualmente la coincidencia retórica de los gobiernos mundiales como la respuesta al nuevo tono utilizado por Washington. Probablemente el factor realmente decisivo fuera la declaración efectuada en septiembre de 2020 por Xi, afirmando que China alcanzaría las emisiones neutras de carbono en 2060. Aunque fuera de modo inintencionado, el liderazgo chino suponía una reprobación de la atención puesta en Estados Unidos, siempre latente al hablar de *Green New Deal*, un recordatorio de que si no se produce un cambio en la escena internacional, la existencia de un pacto verde en un solo país no es mucho mejor que la ausencia de pacto alguno.

El ascenso de la nueva pactología verde

La explosión del discurso sobre el *Green New Deal* ha sido igualmente mundial, pero en el ámbito anglosajón la primera oleada de propuestas aparecida bajo tal rúbrica formó parte del aumento del entusiasmo en torno a la perspectiva de que en Estados Unidos y el Reino Unido subieran al poder candidatos socialdemócratas, momento en el que los ecoteóricos de izquierda se vieron empujados a la posición inusual de redactar planes climáticos maximalistas con los que atraer a autoridades bien asentadas. Estas propuestas se distinguían por ser intervenciones explícitas sobre las políticas públicas aplicables. Entre las diversas propuestas se contaban *Climate Crisis and the Global Green New Deal* (2020) de Robert Pollin y Noam Chomsky; *On Fire: The Burning Case for the Green New Deal* (2019) de Naomi Klein; *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal* (2019) de Kate Aronoff, Alyssa Battistoni, Daniel Aldana Cohen y Thea Riofrancos; y *The Case for the Green New Deal* (2019), de Ann Pettifor. El canon del *Green New Deal* siguió ampliándose tras el cierre de esta ventana de oportunidad electoral para la izquierda con la

aparición de libros como *Climate Change as Class War* (2022) de Matthew Huber, así como lamentaciones por el hecho de que el *Green New Deal* hubiera desplazado al anterior ecoradicalismo de corte indígena, como *A People's Green New Deal* (2021) de Max Ajl, y *Red Deal* (2021) publicado por el colectivo de autores indígenas Red Nation.

La intervención del veterano economista socialista Robert Pollin constituyó un llamamiento a que los gobiernos de todo el mundo, liderados por Estados Unidos, dedicaran estímulos masivos a una descarbonización de la energía y la tecnología, que conjuntamente creasen las condiciones para el pleno empleo y el aumento del nivel de vida. Desde que cofundó el Political Economy Research Institute (PERI) en la Universidad de Massachusetts en Amherst, Pollin lo ha convertido en uno de los principales grupos de análisis político de programas de «crecimiento verde igualitario» a escala mundial, produciendo también diversos planes detallados a escala estatal en Estados Unidos¹⁰. Como explicó Pollin en estas páginas en 2018, reducir el consumo de combustibles fósiles (responsables, observó, de aproximadamente el 70 por 100 de las emisiones de gases con efecto invernadero) «de manera drástica y sin demora» es «el proyecto más importante» para solucionar la crisis climática. Proponía dedicar anualmente entre el 1,5 y el 2 por 100 del PIB mundial a la creación de las infraestructuras necesarias para construir una economía verde¹¹.

Pese a que el coste de las energías renovables se ha desplomado, el sector privado no ha ampliado el suministro de energía limpia con suficiente rapidez¹². Solo un modelo de gasto público keynesiano, sugiere Pollin, puede acelerar la transición a las energías renovables a un ritmo aceptable. Lo importante para él es hacer que esta transición pase tan desapercibida como sea posible: eludir cualquier revuelta consumista, por ejemplo, primando los vehículos eléctricos sobre la tarea políticamente

¹⁰ Los investigadores del PERI han elaborado proyectos de *Green New Deal* para California, Virginia Occidental, Pensilvania, Ohio, Maine, Colorado, Washington y Nueva York.

¹¹ Véase R. Pollin, «Decrecimiento vs nuevo *New Deal* verde», cit.

¹² En el sector eléctrico —piedra angular para un sistema energético con bajas emisiones de carbono—, por ejemplo, aproximadamente la mitad del aumento del 5 por 100 en la demanda mundial experimentado el año pasado (el año de mayor aumento anual de todos los tiempos) se cubrió con carbón, que sigue suponiendo en torno al 36 por 100 de la generación eléctrica total (las energías renovables suponen aproximadamente el 39 por 100), Agencia Internacional de la Energía, *Electricity Sector*, septiembre de 2022.

difícil de respaldar al transporte de masas renovable en Estados Unidos. ¿Y en cuanto al resto del mundo? Pollin prevé préstamos verdes, que en último término no se devolverán, para que los países en vías de desarrollo construyan sus propias infraestructuras. El eje de la concepción de Pollin radica en el ascenso en el centro de la economía-mundo capitalista de un bloque de políticos ecokeynesianos suficientemente poderoso como para ponerla en práctica. En el escenario ideal propuesto por él, el Estado estadounidense simplemente compraría una participación de control en Exxon, Conoco y otras grandes empresas petrolíferas e iría eliminando la producción de combustibles fósiles, mientras ofrece apoyo económico y reconversión profesional para los trabajadores y las comunidades que dependen de los sectores en vías de desaparición. Aunque de alcance admirablemente global –Pollin y sus compañeros del PERI han producido una enorme cantidad de planes sobre cómo integrar enormes porciones del mundo a la transición climática liderada por Estados Unidos–, a esta visión general le falta un ingrediente básico: ¿cómo acumular el poder político necesario para lograrlo?

La otra planificación inicial del *Green New Deal* se produjo al otro lado del Atlántico en un grupo de trabajo llamado Green New Deal Group fundado en 2007 por economistas británicos como Larry Elliot, Colin Hines y Ann Pettifor, entre otros pensadores y activistas ecologistas, cuyo primer informe, «A *Green New Deal*», publicado por la New Economics Foundation en 2008, esbozaba políticas para abordar la «triple hora de la verdad» que suponen «la crisis crediticia, el cambio climático y los elevados precios del petróleo»¹³. *The Case for The Green New Deal*, de Pettifor, se publicó una década más tarde en el momento culminante del entusiasmo progresista e izquierdista por el plan Alexandria Ocasio-Cortez-Markey en Washington y del breve interés del Partido Laborista por dicha planificación, que culminó en el manifiesto de 2019 para exigir una «revolución industrial verde». Pettifor, economista conocida principalmente por su trabajo sobre los sistemas de deuda internacional, fue una de las principales defensoras de la campaña del Jubileo del año 2000, que pedía abolir la deuda del Tercer Mundo (90 millardos de dólares) al final del milenio, iniciativa inspirada en el libro del Levítico. Lo que diferencia el planteamiento de Pettifor del programa del *Green New Deal* propuesto por Pollin es su insistencia en la necesidad de efectuar una reforma bancaria internacional y una transformación del sistema financiero, que otorgue a las naciones de mayor autonomía en materia

¹³ Green New Deal Group, «A Green New Deal», *New Economics Foundation*, 2008.

de política monetaria y fiscal como requisito para alcanzar una remodelación verde de la economía mediante estímulos climáticos y política industrial: «El *Green New Deal* británico deja claro que una de las primeras tareas será que la sociedad recupere la *autoridad pública* sobre el sistema monetario nacional e internacional»¹⁴. Pese a toda su inteligencia financiera, el plan de Pettifor, como el de Pollin, carecía de estrategia para reunir la fuerza política necesaria para hacerlo realidad.

La principal divulgadora del *Green New Deal* en el discurso popular de Occidente es, con creces, Naomi Klein, que con *On Fire: The (Burning) Case for a Green New Deal* se apropió profundamente del lema liberal del *Green New Deal* para la izquierda socialista. *This Changes Everything: Capitalism vs. the Climate*, su libro de 2014, se convirtió en un texto fundacional para la nueva izquierda ecologista, logrando captar la imaginación tanto de los burócratas centristas como de los activistas que bloquean oleoductos. A diferencia de Pollin y Pettifor, cuyas propuestas políticas dependen implícitamente de atraer a autoridades gubernamentales y tecnócratas ilustrados, Klein se interesa desde hace tiempo por las movilizaciones políticas populares y sostiene que la condición necesaria para hacer realidad el *Green New Deal* sería un movimiento de masas diverso y bien coordinado. «El principal factor determinante de una movilización en pro de un *Green New Deal* que nos aleje del borde del precipicio climático –escribía en 2019– serán las acciones emprendidas por los movimientos sociales durante el próximo año»¹⁵.

Una recapitulación –y elaboración– impresionante de la línea defendida por Klein apareció en el vórtice del ascenso electoral de Sanders en forma de libro: *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal*, escrito por Kate Aronoff, Alyssa Battistoni, Daniel Aldana Cohen y Thea Riofrancos, con un prólogo de Klein y blandido por Alexandria Ocasio-Cortez en su campaña a favor del *Green New Deal*¹⁶. Cada autor aportaba su propia experiencia: Aronoff, sobre los puestos de trabajo relacionados con la economía verde; Battistoni, sobre la política de los cuidados; Cohen sobre las viviendas ecológicas y la idea del «último estímulo»

¹⁴ Ann Pettifor, *The Case for a Green New Deal*, Londres, 2019, p. 15.

¹⁵ Naomi Klein, *On Fire. The Burning Case for A Green New Deal*, Londres, 2019, p. 261 [ed. cast.: *En llamas. Un (enardecido) argumento a favor del Green New Deal*, Barcelona, 2021] y *This Changes Everything: Capitalism vs. the Climate*, Nueva York, 2014; ed. cast.: *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, Barcelona, 2015.

¹⁶ Kate Aronoff, Alyssa Battistoni, Daniel Alana Cohen y Thea Riofrancos, *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal*, Londres y Nueva York, 2019.

para situar la economía mundial en una órbita sostenible; y Riofrancos sobre las cuestiones delicadas de la extracción de recursos y el «colonialismo de los recursos verdes». El libro leyó el signo de los tiempos al esforzarse en no incluir una lista de exigencias de izquierda, en especial las indemnizaciones por daños climáticos, que impidiera la formación de una coalición más amplia. Al igual que Pollin, *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal* se concentra en el Atlántico Norte, e imagina una economía verde de pleno empleo, siguiendo líneas keynesianas, en Estados Unidos. Los autores recalcan que la izquierda defensora del clima debe apuntar a sectores específicos de la economía, incluida la vivienda, además de la energía y el transporte. Y aunque coinciden con los pensadores del decrecimiento en resaltar los límites ecológicos que en último término rigen el planeta, su método para alcanzar la sostenibilidad consiste en crecer para dejar de crecer. Lejos de prescribir nada que pudiera calificarse de «ecoausteridad», ofrecen una visión positiva y popular de las ventajas materiales que aportaría una transición ecológica en vez de una letanía de privaciones futuras (como se ha acusado de proponer a algunos defensores del decrecimiento). El argumento general del libro es que el desequilibrio, a menudo mencionado, entre los chirriantes procedimientos democráticos y la urgencia de la transición climática es falso: solo la movilización y la legitimación democráticas pueden acelerar la aceptación popular de la transición a la velocidad requerida.

Cuestiones de agencia

Otro grupo de libros sobre el *Green New Deal* apareció después de que se desvanecieran las esperanzas de la izquierda anglófona a finales de 2019 y comienzos de 2020. Estos títulos tenían la ventaja de poder hablar con más sinceridad que sus predecesores acerca de las perspectivas de un programa climático radical, que parecía carecer de apoyo masivo y encontrarse tan alejado como siempre de las palancas de poder del Estado y que aun así estaba animado por el ejemplo del aumento de la intervención estatal como respuesta a la pandemia de la COVID-19. La solución más original al dilema resultante procedió del geógrafo de izquierda Matthew Huber que, en un libro refrescantemente contundente, *Climate Change as Class War*, eludía tanto las ilusiones electorales como las movilizaciones populares *deus ex machina*. Huber adoptó, por el contrario, un planteamiento sectorial de la economía, concentrándose en la posible amenaza que los sindicatos de la energía podrían suponer para el capital estadounidense. La principal intervención del libro se centraba en la producción —específicamente lo que Marx denominaba

el Departamento 1, «la producción de los medios de producción»— y no en el consumo. Escrito contra la política climática basada en el voluntarismo, el moralismo, los movimientos locales y cualquier cosa que huelga a austeridad, populismo o neomaltusianismo, *Climate Change as Class War* es producto de la frustración ante la avalancha de propuestas de «políticas inteligentes» [*smart policy*] para «arreglar» el clima.

En opinión de Huber, el principal culpable de la crisis climática es la clase dominante del Norte y su capital fósil, aunque seguida de cerca por tres ilusos segmentos de la clase profesional liberal. Los primeros son los «divulgadores científicos» que, desde hace una generación, tratan la crisis climática como un enigma epistemológico y no como un problema de poder. «Estas personas creen —escribe Huber— que el principal problema en la política medioambiental es la falta de conciencia o la negación completa del conocimiento científico [...]. Que si las masas *entendieran* realmente la ciencia, se tomarían medidas». El segundo tipo está compuesto por los «tecnócratas responsables de las políticas públicas», convencidos de que la crisis climática puede resolverse mediante «un diseño lógico y racional, que guíe a los políticos y a la ciudadanía hacia estas políticas»¹⁷. Por último, Huber identifica a los «radicales antisistema». Con los partidarios del decrecimiento en mente, dice de

¹⁷ Matthew Huber, *Climate Change as Class War: Building Socialism on a Warming Planet*, Londres y Nueva York, 2022. De hecho, algunos defensores de las políticas medioambientales han organizado una ambiciosa campaña intelectual a favor del establecimiento de reformas verdes, armados con su propia batería de analogías históricas. Para Charles Sabel y David Victor, dos importantes defensores de la «gobernanza inteligente» [*smart governance*], pueden encontrarse claves en el Protocolo de Montreal de 1987, que estableció las condiciones de los criterios acordados entre gobiernos y empresas para la eliminación paulatina de los productos contaminantes que destruían la capa de ozono. Esta analogía con el reto de los combustibles fósiles la refutó hábilmente Alyssa Battistoni, observando que los CFC eran un insumo sustituible en un sector reducido y no, como las emisiones de gases de efecto invernadero, el producto del conjunto de la economía mundial. Más valioso en la argumentación de Sabel y Victor es su análisis del modo en el que Pekín entró a formar parte de estos acuerdos, tras largos enfrentamientos entre sus Ministerios de Medio Ambiente y de Economía, porque China quería participar en la negociación de las regulaciones internacionales y de los protocolos comerciales, que eventualmente podrían impedirle acceder a los mercados. Sabel y Victor piensan que la crisis climática actual puede resolverse mediante acuerdos y comités abiertos en los que los Estados ayuden a las empresas a saltar de una base material a otra sin perder beneficios: Charles Sabel y David Victor, *Fixing the Climate: Strategies for an Uncertain World*, Oxford y Princeton (NJ), 2022. Respecto al plan más específico, véase Dani Rodrik y Charles Sabel, «Building a Good Jobs Economy», en Danielle Allen, Yochai Benkler, Leah Downey, Rebecca Henderson y Josh Simons (eds.), *A Political Economy of Justice*, Chicago, 2022.

ellos que es «más probable que comprendan que la causa de los problemas medioambientales está arraigada sistémicamente en el capitalismo, pero su respuesta política es introspectiva con llamamientos moralistas a consumir menos, rechazar la sociedad industrial y defender microalternativas de carácter local».

La alternativa propuesta por Huber es una campaña sectorial para constituir una coalición de la clase trabajadora en torno al programa de descarbonización y desmercantilización del *Green New Deal*, basada en uno de los últimos bastiones bien organizados de la clase trabajadora estadounidense: los sindicatos del sector eléctrico. El sector eléctrico en Estados Unidos está dominado por empresas privadas, aunque en muchos estados siguen sometidas a supervisión y a controles de precios públicos. Inspirándose en Tony Mazzocchi, cofundador del Partido Laborista estadounidense y exvicepresidente del Oil, Chemical, and Atomic Workers International Union, Huber defiende una infiltración de base en los sindicatos del sector energético para obligar a las empresas a acelerar la transición verde. En lugar de motivarlos con preocupaciones ecológicas abstractas, sostiene Huber, es posible movilizar a los sindicalistas mediante llamamientos en torno a preocupaciones más inmediatas y tradicionales relacionadas con los conflictos laborales, como los relacionados con los salarios, la seguridad en el trabajo y la dotación de una plantilla adecuada al sobrecargado sistema de producción, transformación y distribución eléctrica estadounidense. «La estrategia de la clase obrera vincularía directamente las mejoras materiales en la vida de las personas con la acción climática», escribe. «La población entendería de manera intuitiva que los puestos de trabajo, la electricidad gratuita o la vivienda pública son beneficiosos, pero serían los organizadores políticos los encargados de *enunciar* estas iniciativas como medidas tomadas para solucionar la crisis climática». Al igual que Mazzocchi, Huber no se centra en el extremo de la crisis climática relacionado con el consumo, sino en la fuente de dicha crisis situada en el sector industrial —«una pequeña minoría de capitalistas que posee y controla los medios de producción *produce* el cambio climático», dicho en su memorable formulación— y sostiene de manera convincente que ningún otro sector es más responsable de tanta contaminación y uso de energía contaminante como el de las eléctricas. A este respecto encuentra una grieta singular en la armadura del capital fósil estadounidense. Aunque los sindicatos de la electricidad se sitúen entre los más alineados con las empresas en Estados Unidos, es precisamente esto lo que los convierte en ámbitos de

radicalización tan atractivos. «La mayor parte de la política climática –escribe Huber– se lamenta de que los líderes sindicales y las estructuras de poder actuales se alineen contra la acción climática, pero rara vez plantea la cuestión de organizar a los sindicatos desde dentro con el fin de promover estrategias favorables tanto para los trabajadores como para el clima»¹⁸.

A diferencia de otras muchas propuestas recientes planteadas en la bibliografía dedicada al *Green New Deal*, Huber, al igual que Pollin, está dispuesto a admitir desde el comienzo que la transición verde no puede comenzar *sin* un movimiento de masas de la clase obrera. Sostiene, no obstante, que para que dicha transición no sea lesiva para los intereses de esta hará falta al menos un sector sindicalizado que catalice ventajas para los trabajadores a escala del conjunto de la economía. En el escenario ideal de Huber, enfermeras, docentes y otros trabajadores se sumarían al movimiento de los trabajadores de los sindicatos del sector eléctrico y comenzarían a formar un bloque unificado para exigir simultáneamente un modo de vida mejor y más sostenible. Huber tampoco elude, por otro lado, el problema de la escala: «Solo un sector eléctrico de propiedad pública puede invertir y planificar teniendo en mente objetivos infraestructurales –y planetarios– a largo plazo»¹⁹. En lo referente a la escena mundial, Huber concibe que la energía verde se abarate lo suficiente en el centro de la economía-mundo capitalista como para permitir el suministro al Sur global, energéticamente pobre, de los recursos que tanto necesita, al estilo, suponemos, del modelo seguido por la difusión mundial de la tecnología de la telefonía móvil. De cualquier modo, posibilidad no es probabilidad y el sueño planteado por Huber de establecer el «socialismo en un planeta en proceso de calentamiento» parece dejar intacta la estratificación geopolítica de la renta, aunque la descarbonización sustancial de la economía estadounidense se logre y reproduzca en otras partes.

Comparada con las estrategias de sus críticos partidarios del decrecimiento, la estrategia de Huber aspira a sintonizar más con el balance real de las fuerzas políticas existentes en Estados Unidos. Aun así, pueden plantearse al menos tres objeciones. La primera hace referencia al tiempo. «Tenemos tan poco tiempo para actuar contra la crisis climática», recalca Huber repetidamente, pero su plan de infiltración por

¹⁸ M. Huber, *Climate Change as Class War*, cit., pp. 235, 198, 23, 237.

¹⁹ *Ibid.*, p. 231.

abajo de los sindicatos del sector eléctrico estadounidense augura un proceso prolongado, que exigiría años para ofrecer resultados políticos. Como él mismo reconoce, sindicatos del sector energético como la International Brotherhood of Electrical Workers (IBEW) se encuentran entre los más conservadores de Estados Unidos. En 2014, trabajadores de la IBEW ocuparon un edificio federal en protesta contra el plan de energías limpias presentado por Obama para descarbonizar las centrales eléctricas, mientras los abogados del sindicato demandaron al gobierno. Es difícil concebir un horizonte próximo para una estrategia organizada en torno al incremento concentrado de activistas socialistas, presumiblemente jóvenes y preparados, que radicalicen a trabajadores de mediana edad del sector eléctrico, que votaron por Trump y Make America Great Again. En segundo lugar, el vivaz antagonismo mostrado por Huber contra la llamada clase profesional-gerencial se antoja un tanto desenfocado. La proporción de profesionales estadounidenses que entra en las categorías de «divulgadores científicos», «tecnócratas de las políticas públicas» y, en especial, «radicales antisistema» es evanescentemente pequeña e impotente en comparación con la de quienes han sido captados por el mantra del capital verde y de una transición liderada por el mercado, aunque exista cierta superposición entre estos grupos.

En opinión de Huber, para atraer el respaldo de la clase obrera, cualquier medida climática efectiva –ya sea burguesa liberal o socialista radical– necesita argumentar que una economía «verde» es capaz de proporcionar energía más barata y servicios más abundantes. Al igual que los historiadores estadounidenses que insisten en interpretar la Guerra Civil como una revolución radical, Huber no está demasiado dispuesto, con toda la razón, a admitir una transición verde sin una ruptura de clase significativa. Pero como ocurrió con la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, la transición verde puede obtenerse mediante una revolución burguesa que simplemente consolide el dominio del capital financiero. Esto conduce a la tercera objeción a la propuesta de Huber: las empresas privadas, que suponen el 72 por 100 del sector eléctrico en Estados Unidos, ya están efectuando la transición hacia la energía renovable que le permitirá atiborrarse de las insólitas subvenciones contempladas en la *Inflation Reduction Act*: 220 millardos de dólares en exenciones fiscales, muchas de las cuales sus perceptores están en posición de vender al mejor postor, así como una reforma del código fiscal federal. La *Inflation Reduction Act*, aprobada después de que se publicase el libro de Huber, quizá haya eliminado casi por completo la importancia de la agencia

sindical en pro de una transición verde en el sector energético²⁰. En su guía para movilizarse contra el capital fósil, cuyo poder no subestima en ningún momento, Huber apenas articula una estrategia a medio plazo respecto de cómo manejar el creciente impulso del capital verde, cuyo enorme poder pasa por alto. Las secciones ecoamistosas de la *Inflation Reduction Act* de Biden son un ejemplo pertinente: en su visión de reunir una nueva fuerza de trabajo para construir una arquitectura y un transporte renovables, la ley se muestra inflexible acerca de la relocalización nacional de la producción industrial, pero guarda silencio respecto a la sindicalización de dicha producción.

Colonialismo verde

Incidentalmente, Huber envidia la fuerza de los sindicatos energéticos franceses (y presumiblemente admira el consenso nacional del país a favor de la energía nuclear, un sector en el que los trabajadores tienen más fuerza por el alto nivel de especialización exigido)²¹; reconoce el peso de China en la lucha climática; e incluso se pregunta ociosamente si el ecologismo de los sindicatos del sector eléctrico podría encontrar tracción en países como Nigeria. En su mayor parte, sin embargo, el mundo situado fuera de las fronteras de Estados Unidos está conspicuamente ausente del esquema de Huber. No ocurre así con *A People's Green New Deal*, de Max Ajl, que asume explícitamente la perspectiva del Sur global. El libro representa un ataque directo a la popularización del *Green New Deal* entre los socialdemócratas estadounidenses, ya que Ajl afirma que las variantes nacionalistas de este, que aspiran explícitamente a revitalizar su sector industrial interno, han desplazado a anteriores movimientos medioambientales más radicales e internacionalistas. Para que no se acuse a Ajl, que pide la disolución del ejército estadounidense, de utopismo fácil, recordemos que su libro tiene el mérito de negarse a entregar sin más el manto del realismo. «Lo “realista” en un contexto político estadounidense/europeo refleja más los valores de los evaluadores que cualquier tipo de evaluación objetiva de lo razonable», escribe. El

²⁰ Eric Lipton, «With Federal Aid on the Table, Utilities Shift to Embrace Climate Goals», *The New York Times*, 29 de noviembre de 2022. Los intentos sindicales de beneficiarse también de la lluvia de subvenciones son otra historia, pero la cuestión del giro del sector hacia las renovables no parece entrar en ella.

²¹ Huber, que no evalúa las fuentes de energía alternativas en términos de «costes ni de seguridad medioambiental», sino de cuál «contiene bases de *poder de la clase trabajadora*», escribe lo siguiente: «en este frente, la nuclear es claramente la ganadora», M. Huber, *Climate Change as Class War*, cit., p. 251.

rechazo de Ajl del pactismo verde convencional presenta varios aspectos. El primero es que la izquierda del Norte se ha vuelto demasiado adicta al electoralismo, incluso después de las derrotas de Sanders y Corbyn. Ajl sostiene que la izquierda debería abandonar la ilusión autocomplaciente de que tendrá una influencia significativa sobre el poder estatal o sobre la implementación de determinadas políticas públicas en el Norte. También rechaza de plano las propuestas productivistas de Pollin, Chomsky y Huber en favor de lo que él denomina «un programa de principios para alcanzar la democracia energética mundial»

Adoptando la línea del Acuerdo de los Pueblos redactado en Cochabamba en 2010, el programa de Ajl no solo implicaría la reducción radical del consumo energético en el Norte –una exigencia familiar de las propuestas del decrecimiento– sino también que sus poblaciones paguen a las del Sur las deudas climáticas históricamente calculadas. Las naciones más pobres no usarán estos fondos para el desarrollo industrial sino, por el contrario, para huir del comercio mundial de mercancías mediante la expansión de técnicas agrícolas tradicionales. Como Huber, Ajl resalta que en el Norte las estrategias deberían centrarse en el ámbito de la producción energética y en una transición de los combustibles fósiles a las energías renovables susceptible de ser alcanzada mediante «impuestos redistributivos al carbono muy elevados y crecientes, pagados en el punto de producción». Le preocupa, sin embargo, que la transición a las energías renovables en el Norte, aunque pueda ser buena para los trabajadores de estos países, empobrezca ulteriormente a otras áreas del Sur, que verían cómo sus recursos naturales son extraídos para la fabricación de vehículos eléctricos y paneles solares. Prácticamente en toda la bibliografía existente sobre el *Green New Deal*, excepto la del campo del decrecimiento, Ajl percibe un «sucio secreto: la afirmación de que algunos países merecen más energía que otros»²². Ajl es agudamente sensible a la amenaza del extractivismo y sostiene que incluso un «último estímulo» como el que piden los autores de *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal* significaría inevitablemente una forma de colonialismo climático, porque los países del Norte van a explotar a los del Sur por mor de la extracción del litio, el cobre, el cobalto y otros minerales fundamentales para crear una economía renovable.

Si la afirmación de realismo político de Ajl puede cuestionarse, dado que lo confunde demasiado a menudo con el valor de «lo razonable», su

²² Max Ajl, *A People's Green New Deal*, Londres, 2021, pp. 73, 70.

imagen distópica del «colonialismo verde» es más difícil de rechazar²³. Como afirmaba recientemente *The Salvage Collective*, el colonialismo siempre ha sido, en cierto sentido, «verde»: extraer recursos para las verdes regiones septentrionales y dejar los residuos indeseados en los trópicos²⁴. Sin un esfuerzo internacional coordinado que garantice prácticas laborales justas e igualdad de intercambios en los contratos relativos a las materias primas, los países del Sur global ricos en recursos minerales necesarios para una transición verde concentrada abrumadoramente en el Norte global serán más vulnerables que nunca al expolio. Y, sin embargo, Ajl muestra poca voluntad de calcular el equilibrio real del poder político en el mundo. No efectúa sugerencia alguna acerca de cómo podrían los países del Sur unir sus fuerzas para establecer los términos comerciales aplicables a la transición. El desbaratamiento del Nuevo Orden Económico Internacional establecido en la década de 1970 apenas merece atención en sus páginas, al igual que los planes debatidos acerca de la cartelización de recursos, ya se trate de la cartelización de las reservas de níquel, liderada por Indonesia; de la creación de una «OPEP de los bosques húmedos tropicales», que uniría al Congo, Indonesia y Brasil; o de la organización de un cártel del litio compuesto por Chile, Bolivia y Argentina. Tampoco aparece en su libro estrategia geopolítica alguna de secuestro de mercancías o sobre cómo contrarrestar el empuje de Estados Unidos y China en la minería terrestre de minerales críticos explotados en sus propios territorios.

La razón de este silencio parece radicar en que ni siquiera una apuesta exitosa de los países del Sur para cambiar las condiciones de la transición sería aceptable para Ajl. La forma principal de mitigar la crisis ecológica, sostiene, es que el Norte abandone la idea de descarbonizar su suministro energético

²³ El consumo de carne es un punto controvertido en varios análisis del *Green New Deal*. En su nuevo libro titulado *Half-Earth Socialism*, Troy Vettese y Drew Pendergrass defienden los beneficios de un veganismo mundial, mientras que Ajl, que lo interpreta como otro tipo de colonialismo occidental, señala la sostenibilidad del consumo de carne de los indígenas en comparación con la ganadería industrial y los costes derivados de la emisión de carbono, engañosamente elevados, que supone la producción de carne sintética. Huber, que se burla de cómo les sentaría el veganismo obligatorio a los trabajadores, se adhiere de hecho en general a una lógica que podría acomodarse en teoría al veganismo global, es decir, si se obtiene carne de laboratorio barata, sostenible y suficientemente sabrosa, no habría mucho impedimento, aparte de los identitarios, para eliminar el consumo de carne, véase Troy Vettese y Drew Pendergrass, *Half-Earth Socialism: A Plan to Save the Future from Extinction, Climate Change and Pandemics*, Londres y Nueva York, 2022.

²⁴ The Salvage Collective, *The Tragedy of the Worker: Towards the Proletarocene*, Londres y Nueva York, 2021, p. 57.

y vuelva a ruralizarse en una especie de Plan Morgenthau autoimpuesto. No está ni remotamente claro, sin embargo, que «una relocalización parcial de la agricultura y de la ganadería urbana» pudiera cubrir las necesidades de un planeta habitado por 8.000 millones de personas, aunque Ajl insiste en que la correspondiente revolución agrícola «cerraría las grietas metabólicas» y al mismo tiempo permitiría que las cadenas de extracción y suministro se centraran estrictamente en el equipamiento digital y en los suministros médicos. Si convencer a los norteamericanos de que desayunen saltamontes parece una plataforma política muy poco apetitosa, Ajl también pasa por alto la dinámica política de las elites presentes en los regímenes realmente existentes en la actualidad en el Sur en general, que ya no están dirigidos por agrónomos jacobinos como Amílcar Cabral. La India de Modi se está posicionando a favor de su propio episodio de colonialismo verde, con Tata preparándose para ser uno de los principales productores de energía solar y vehículos eléctricos; Gabón está desarrollando planes para monetizar la conservación de sus bosques; Malasia está destruyendo su flora para completar un monocultivo de palma aceitera; Ghana alberga una enorme economía de residuos electrónicos en la que las vacas han aprendido a digerir plásticos. No cabe duda de que esta cadena de comportamientos se origina en el centro de la economía-mundo capitalista occidental; el problema es que Ajl no determina una contraformación verosímil. Invoca el ejemplo de Evo Morales en Bolivia, pero la tasa de extracción minera y la destrucción del Amazonas en Bolivia se expandió durante el gobierno de Morales, cuando el país aumentó su dependencia del auge de los precios de las materias primas²⁵.

Análisis de la Inflation Reduction Act

¿Cómo caracterizar y evaluar, entonces, la *Inflation Reduction Act* contra el telón de fondo de esta variada producción de análisis sobre el *Green New Deal* (visiones, anteproyectos, polémicas, estrategias políticas) respecto al cual esta ley representa en Estados Unidos nada menos que su culminación temporal? Pese a la grandilocuencia con la que la recibió la prensa progresista en agosto pasado cuando fue aprobada por el Senado —«Did Democrats Just Save Civilization?»—, se preguntaba Paul Krugman en *The New York Times*— todo el espectro de la izquierda climática, desde los defensores del

²⁵ Véanse Jonas Wolff, «The Political Economy of Bolivia's Post-Neoliberalism: Policies, Elites and the mas Government», *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, núm. 108, 2019; y Bret Gustafson, *Bolivia in the Age of Gas*, Durham (NC), 2020.

decrecimiento y los partidarios de la protección de la mitad del planeta hasta los keynesianos de izquierda y los ecoleninistas, ha reconocido la *Inflation Reduction Act* en general como lo que es: la expresión formal y local de una revolución pasiva que se está verificando en el centro de la economía-mundo capitalista occidental, cuyas elites aspiran a sentar unos cimientos más duraderos –tanto ideológicos como ecológicos– para la subvención pública de los beneficios del capital privado²⁶. Es tentador considerar la ley, a pesar de que no ha recibido ni un solo voto republicano en ninguna de las cámaras del Congreso estadounidense, como una tregua frágil –un Compromiso de Misuri de nuestro tiempo– entre dos fracciones del capital estadounidense: fósil/contaminante y financiero/verde.

Tanto el capital contaminante como el verde han respaldado en gran medida el texto legislativo clave del gobierno de Biden y ambos parecen dispuestos a limitar su enemistad al terreno más blando de la guerra cultural. Pero el enfrentamiento no es completamente simbólico. Las haciendas públicas de Texas, Virginia Occidental y otros estados republicanos han retirado recientemente miles de millones de dólares de algunas empresas gestoras de activos que, en su opinión, tienen agendas excesivamente destacadas en cuestiones medioambientales, sociales y de gobernanza (los criterios ESG), a pesar de la fuerte y prolongada inversión de estas firmas en empresas relacionados con los combustibles fósiles²⁷. La distinción entre capital «verde» y capital «contaminante» no puede establecerse con nitidez y es probable que en el futuro sea el producto retroactivo de la formación de bloques burocráticos y políticos²⁸. Empresas que cumplen cada vez más con las exigencias verdes pueden seguir siendo identificadas como «contaminantes» por razones culturales y políticas. De igual modo, los financiadores del carbono tienen incentivos para hacerse pasar por «verdes»²⁹. En este sentido, la *Inflation*

²⁶ La pregunta fue el título de una columna de Krugman publicada en *The New York Times* el 8 de agosto de 2022.

²⁷ Texas, por ejemplo, ha vetado a los grandes emisores de deuda municipal (Citi, Bank of America, Goldman Sachs) debido a sus políticas ESG referentes a las armas de fuego. El resultado es el aumento mínimo previsto de 300 millones de dólares en el coste del endeudamiento municipal. Daniel Garrett e Ivan Ivanov, «Gas, Guns, and Governments: Financial Costs of Anti-ESG Policies», 11 de julio de 2022, disponible en SSRN.

²⁸ El periódico bandera del capital verde es el *Financial Times*, mientras que *The Wall Street Journal* se pone sistemáticamente del lado del capital fósil, declarando que cualquier Estado que adopte un *Green New Deal* implosionará como el régimen de Rajapaksa en Sri Lanka.

²⁹ Un ilustrativo debate reciente sobre la dimensión identitaria de las controversias surgidas sobre el capital contaminante y verde en Virginia Occidental y en

Reduction Act es una instantánea del proceso de delineación que va de lo contaminante a lo verde actualmente en curso, el cual incluye la ampliación de las prerrogativas para los sectores fósiles junto a su trabajo preliminar de creación de las bases para promover un entorno de inversión más favorable para las energías renovables³⁰. Si bien estos intereses agrupados en torno al *Green New Deal* han encontrado un amplio espacio para negociar un programa «verde» (léase descarbonización), se ha concedido un margen mucho menor al componente del «pacto» (léase empleos sindicalizados pagados con buenos salarios) incluido en las propuestas progresistas. Tal vez la *Inflation Reduction Act* esté tachonada de compromisos de «comprar productos estadounidenses» pero, al margen de las disposiciones especiales sobre la energía nuclear, el auge verde que prevé estará suministrado en gran medida en los peldaños inferiores de la pirámide laboral por trabajo no sindicalizado o subsindicalizado, planteamiento político que alguien ha descrito adecuadamente como «política industrial sin sindicatos industriales»³¹.

La *Inflation Reduction Act* representa un planteamiento de la crisis climática que da pasos adelante y pasos atrás. Combina la expansión de la energía eólica en zonas continentales del país políticamente dispuestas a albergarla con la ampliación de la extracción petrolífera en el Golfo de México y en Alaska septentrional; y los beneficios por compensación de carbono con empresas que cosechan ventajas fiscales por dejar tranquilos bosques no amenazados y se hallan listas para trabajar de la mano de la bonanza económica procedente del aislamiento de las viviendas y la instalación de paneles solares subvencionados destinados

otros lugares es el presentado en la plataforma de Adam Tooze, «Chartbook #46: West Virginia – the historic roadblock to US climate policy», *Chartbook*, 17 de octubre de 2021.

³⁰ Cuando se determine la periodización adecuada, debería ser posible efectuar un análisis de la composición de clase del *Green New Deal* a partir de la perspectiva de las fracciones de capital implicadas en el mismo durante la era Biden, elaborado en la línea de los estudios pioneros de Thomas Ferguson sobre el *New Deal* original, «From Normalcy to New Deal: Industrial Structure, Party Competition and American Public Policy in the Great Depression», *International Organization*, vol. 38, núm. 1, invierno de 1984, pp. 41-94 y «Industrial Structure and Party Competition in the New Deal: A Reply to Webber», *Sociological Perspectives*, vol. 34, núm. 4, invierno de 1991, pp. 493-526.

³¹ Lee Harris, «Industrial Policy Without Industrial Unions», *The American Prospect*, 28 de septiembre de 2022. Alrededor del 4 por 100 de los trabajadores de la industria solar y el 6 por 100 de la eólica están sindicalizados. El trabajo no sindicalizado es desde hace mucho tiempo la norma en ambos sectores e incluso incondicionales del Partido Demócrata como Van Jones ya hicieron sonar las alarmas acerca de los «parques solares» allá por 2008.

a los propietarios de estas. Las redes ferroviarias nacionales parecen destinadas a marchitarse –ni una sola disposición de la *Inflation Reduction Act* invierte en transporte público (aunque el Acuerdo Bipartidista sobre Infraestructuras, aprobado en noviembre de 2021 y dotado con 1,2 billones de dólares, asigna casi 90 millardos de dólares para transporte público en los próximos cinco años)– al tiempo que se propugna una conversión prácticamente total del mercado automovilístico estadounidense a vehículos eléctricos. La vinculación de poblaciones a desarrollos medioambientalmente destructivos como el oleoducto Mountain Valley, que atraviesa Virginia y Virginia Occidental y es uno de los proyectos preferidos de la industria de los combustibles fósiles «reverdecido» por la *Inflation Reduction Act*, afianza las conexiones y la identificación locales con los combustibles fósiles, lo cual tendrá como resultado que algunas de las regiones más propicias para las infraestructuras de energía alternativa posiblemente sean las que con más probabilidad se opongan a ellas.

Entre sus restantes características, la *Inflation Reduction Act* representa también el paquete más reciente y sofisticado de una serie de estímulos fiscales modelados por la clase propietaria de activos estadounidense para movilizar al Estado en su nombre. Queda por ver si podrá asignársele a la inversión verde la misma función que ha tenido el gasto militar a la hora de calentar y enfriar el mercado de trabajo y la economía estadounidense más en general. Durante la crisis financiera de 2008, cuando el desempleo en Estados Unidos llegó al 18 por 100, los rescates financieros se limitaron en gran medida al sector automovilístico y al financiero, colocando la trampa de una reacción popular susceptible de ser explotada por cualquier político dispuesto a cuestionar los principios básicos de la ortodoxia neoliberal. Doce años después, como respuesta a la pandemia, el gobierno de Trump autorizó un estímulo de más de 3 billones de dólares, al que Biden añadió 1,9 billones más con el American Rescue Plan. La naturaleza peculiar de la pandemia –la carencia aguda y repentina de suministros materiales, pero también el hecho de que, a diferencia de la crisis financiera, los pagos del Estado tuvieron que incluir a todos los ciudadanos, porque supuestamente el coronavirus no distinguía entre tramos tributarios– hizo que en los despachos ministeriales se pudiera hablar con más desparpajo de política industrial y de producción dirigida por el Estado que en cualquier otro momento de la última generación³². Pero tras abonar el coste de las

³² En el momento álgido de la pandemia de la COVID-19 registrado en 2020 muchos sostenían que un programa de inversión pública para construir un sistema energético descarbonizado a fin de poner en marcha «una recuperación repleta de puestos

medidas temporales mencionadas, los imperativos derivados de las garantías exigidas por los poseedores de activos, esto es, bloquear el aumento de los salarios y distender el mercado de trabajo, han vuelto a situarse en primer plano tan pronto como el virus, que ahora tenía que competir en los titulares con la guerra de Ucrania, parecía haberse convertido en una perturbación manejable.

Si la crisis financiera de 2008 demostró que seguía siendo posible aplicar estímulos nacionales a gran escala y la respuesta a la pandemia de la COVID-19 renovó el interés por la política industrial, la *Inflation Reduction Act* ha demostrado al menos que ambas tareas pueden incluir directivas y normativa relacionadas con el clima. Pero a pesar de que el Partido Demócrata estadounidense presume de su «proeza» y el gobierno de Biden se congratula de haber bloqueado y absorbido el radicalismo de una generación de activistas emergente, la campaña amorfa a favor de un *Green New Deal* se ha difuminado hacia algo que se parece observado más de cerca a lo que la economista política Daniela Gabor ha denominado el «acuerdo de BlackRock». Hasta hace poco, los defensores de una nueva política industrial habían imaginado que en cualquier *Green New Deal* implementado en Estados Unidos el Estado invertiría directamente el dinero obtenido vía tributaria en tecnologías e infraestructuras renovables y ejercería un cierto control sobre el precio de estas (mientras el sector financiero efectuaría una función auxiliar, estableciendo un mercado de deuda soberana verde). La *Inflation Reduction Act*, por el contrario, es principalmente un programa, implementado a través de elaboradas redes de desgravaciones fiscales, que admite que la transición climática no la dirija el Estado sino el sector privado. Su mayor logro ha sido el de eliminar del horizonte político viejas preocupaciones del Partido Demócrata tales como la fijación de los precios de las emisiones de carbono y el comercio de derechos de emisión. Se vislumbra ya un futuro en el que el Estado estadounidense subordine las finanzas públicas a las privadas en los proyectos verdes desarrollados tanto en el interior como en el extranjero, garantizando las corrientes de ingresos privados (eliminando los riesgos de la inversión) de múltiples formas: préstamos preferenciales, subvenciones por obra ejecutada, protecciones contra riesgos políticos y del mercado, establecimiento de precios

de trabajo verdes» era la solución obvia a la crisis económica. Véase, por ejemplo: «The pandemic is an opportunity to tackle the climate emergency by creating productive green jobs for those made redundant by the crisis», editorial, «*The Guardian View on a Green New Deal: Save Jobs and the Planet*», *The Guardian*, 9 de junio de 2020.

elevados, participación accionarial del Estado, etcétera. Junto con algunas concesiones efectuadas a las «comunidades vulnerables» del país, el grueso de las disposiciones populares de la *Inflation Reduction Act* va dirigido a los estadounidenses de renta alta sin mencionar en absoluto la perspectiva de que se incremente la extracción de recursos de las «comunidades vulnerables» situadas en el llamado Sur global³³.

Conclusiones estratégicas

Los defectos de estos análisis del *Green New Deal* y de críticos como Ajl situado en los márgenes se hacen explícitos cuando se consideran conjuntamente como un todo de pensamiento. Por un lado, las propuestas de Pollin, Pettifor y los coautores de *Planet to Win* demuestran la viabilidad abstracta del planeamiento a gran escala, pero descuidan la cuestión de la agencia política. De manera implícita, la premisa de dichas obras era el potencial triunfo en las urnas de un populismo de izquierda capaz de hacer realidad los sueños de estos autores: un supuesto que ya no parece tan probable como hace unos pocos años. Por otra parte, Huber y Ajl –que sí se centran en la cuestión de la agencia política y especifican claramente sus actores históricos favoritos para cumplir la función de fuerza motriz– presentan agentes poco verosímiles. Para Huber, como hemos visto, esta es una lucha doble: primero los huberistas deben convencer a los ecosocialistas de que se conviertan en trabajadores del sector energético, después estos recién llegados deben convertir a sus compañeros de trabajo en huberistas. Para Ajl, la tarea es mucho mayor: las mayorías campesinas y obreras que ahora votan a Modi en India, a Jokowi en Indonesia o a la dinastía Sharif en Pakistán, por nombrar los tres mayores países del hemisferio sur, deben trasladar sus lealtades actuales a partidos ajlistas; o, alternativamente, Modi, Jokowi y Sharif deben ser atraídos al ecosocialismo revolucionario.

La proliferación del discurso sobre el *Green New Deal* sí ha servido, sin embargo, para aclarar las exigencias y las oportunidades del momento histórico presente. Una de las paradojas notables de la época es que a pesar de que la crisis climática y su convulsión zoológica adjunta representan la amenaza más grave surgida para el capitalismo desde sus primeros estertores en los días de la revolución industrial, la promesa

³³ Las disposiciones de la *Inflation Reduction Act* están plagadas de paradojas crueles, como una desgravación por la compra de vehículos eléctricos solo para los tramos tributarios más bajos, que no podrán permitírseles fácilmente.

del socialismo rara vez ha estado, al mismo tiempo, más lejos de hacerse realidad. No tenemos mundo ni tiempo suficientes para suponer que el capitalismo vaya a entrar de modo inmediato en una crisis lo suficientemente grave como para construir sobre sus ruinas un socialismo floreciente. La cuestión más acuciante que debemos plantear acerca de cualquier propuesta verde no es, por lo tanto, en qué medida es probable alcanzar una alternativa socialista, sino si es verosímil que dicha propuesta contribuya a mantener porciones del planeta suficientemente habitables como para que cualquier socialismo ecológicamente viable tenga oportunidad de tomar forma en el siglo XXI³⁴. Con este objetivo general en mente, algunas de las cuestiones clave que deben tenerse en cuenta son las siguientes: ¿cuál es la posición adecuada de la izquierda climática ante el ascenso del capital verde? ¿Es el movimiento masivo de la clase trabajadora, tradicionalmente postulado por la izquierda para alcanzar sus fines, verdaderamente necesario para la estabilización ecológica? ¿Cómo podemos evitar, o al menos minimizar, el colonialismo verde y la extracción, en especial de minerales cruciales, en los países del Sur? ¿Cuál es la función del gigante chino en la lucha contra el cambio climático? ¿Qué oportunidades se abren y cierran debido a las crisis geopolíticas y planetarias, de las guerras en Europa y Asia a los nuevos brotes de pandemia global?

La principal cuestión estratégica se refiere al eje del tiempo: ¿qué concesiones vale la pena hacer al capital y dónde, por otro lado, es fundamental mantener una oposición implacable? Incluso esta pregunta podría volverse rápidamente obsoleta. Nadie que haya leído la inolvidable descripción del *greenwashing* de las multinacionales («La desastrosa fusión entre la gran empresa y las grandes organizaciones ecologistas») efectuada por Klein en *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima* puede hacerse ilusiones acerca del historial del capital verde hasta la fecha; después de todo, ha sido este hecho el que ha proporcionado las bases para el resurgimiento del ecosocialismo después de 2008. Si las elites tecnocráticas y las empresas capitalistas siguen sin mitigar la crisis climática de manera significativa –mientras el planeta se vuelve cada vez más caluroso, más habitualmente catastrófico y sometido a un desplazamiento humano globalmente más generalizado– es probable que el

³⁴ Pierre Charbonnier ha sostenido que el campo de juego político modelado por la descarbonización será beneficioso para la izquierda, permitiéndole de manera constante «repolitizar las necesidades», pero que esta zona de compromiso podría muy bien crearse sin demasiada confrontación socialista directa: «Ouvrir la brèche: politique du monde post-carbone», *Le Grand Continent*, 14 de junio de 2021.

resultado empuje ulteriormente a los ciudadanos a los extremos políticos: hacia las fuerzas ya emergentes de los ecofascismos y los nacionalismos, que pretenden proteger el territorio contra los migrantes climáticos; así como, quizá, hacia regímenes ecosocialistas más radicales capaces de guiar a los refugiados de la catástrofe a sus nuevos refugios temporales. En dicho escenario, tal vez los socialistas más utópicos, que fueron los que más burlas recibieron por tener los planes menos inmediatamente realizables, superen en «realismo» a los que contemplaban una alianza táctica con el capital verde en la década decisiva de 2020.

El parecido entre el *Green New Deal* y el *New Deal* de Roosevelt se ha dado a menudo por sentado sin efectuar una investigación al respecto; de hecho, el *Green New Deal* ha funcionado más en algunos aspectos como propaganda táctica que como un programa estratégico³⁵. Para los políticos y los votantes ordinarios del Partido Demócrata, que constituyen los principales defensores del *Green New Deal*, el atractivo de la fórmula mágica es obvio: el patriotismo nostálgico y la mera defensa del bienestar social conjurados por las palabras «*New Deal*» indicaban, con precisión, que no albergaban ninguno de los planes socialistas de los que podrían acusarlos los Republicanos. Para los ecosocialistas y otros anticapitalistas, por el contrario, el *Green New Deal* ha funcionado como un eufemismo atractivo: a diferencia de los llamamientos al reajuste revolucionario de la sociedad que muy bien pudiera hacer falta para evitar el desastre climático, la retórica del *Green New Deal* podría atemperar los conflictos entre radicales y moderados.

El *New Deal* histórico, después de todo, difícilmente podía invocarse como estrategia, puesto que las políticas de Roosevelt no habían debilitado, sino estabilizado, el deprimido sistema capitalista de la década de 1930. Por mucho que los defensores radicales del *Green New Deal* se hayan inspirado en políticas aisladas del gobierno de Roosevelt –ya sea

³⁵ Se han propuesto otras analogías históricas para la movilización ecológica. Lennox Yearwod Jr., presidente del Hip Hop Caucus, y Ted Fertik, experto en las finanzas internacionales del periodo de entreguerras, se han preguntado si no sería más adecuado el imaginario más inmediato del movimiento por los derechos civiles, en especial para una generación que ya no tiene un contacto intenso con el heroísmo del *New Deal*. Quinn Slobodian observa el ejemplo aún más próximo del movimiento antiglobalización de la década de 1990. Andreas Malm prefiere la analogía de la economía de guerra bolchevique en la década de 1920. El comentarista televisivo progresista Chis Hayes ha popularizado la analogía del abolicionismo del siglo XIX, criticada y refinada por Matt Karp, «A Second Civil War», *Jacobin*, 1 de mayo de 2014.

el control público de los bancos quebrados, las iniciativas agronómicas y de electrificación de la Tennessee Valley Authority, o el programa de creación de empleo y construcción de infraestructuras de la Work Progress Administration— la analogía más pertinente ha sido siempre la de la economía de guerra estadounidense de la década de 1940, que finalmente proporcionó el pleno empleo y puso fin a la depresión por medio de una movilización completa de la sociedad al servicio de un fin decidido y desesperado. En este caso, la estabilización del clima se correspondería con la derrota del fascismo.

Pero también esta analogía habría sido una exageración: aun cuando Estados Unidos en el siglo XXI construyese un mercado gigantesco de energías renovables, no hay una Europa destruida o una Asia subdesarrollada disponibles para recibir sus exportaciones. En una analogía con la economía bélica de la década de 1940, una hueste de empresas poderosas con sede social en naciones aparentemente «aliadas» —ExxonMobil, Shell, BP, Monsanto, Sinoma, Gazprom, Freeport McMoRan, Rio Tinto, LafargeHolcim— representarían sendas divisiones de la Wehrmacht. En cuanto a la fuerza que principalmente derrotó al fascismo, la función de la Unión Soviética, a efectos de mantener la analogía, parecería haberse trasladado al Partido Comunista de China. En la Segunda Guerra Mundial, solo el Estado soviético logró reunir la voluntad, la producción en masa y la fuerza humana necesarias para derrotar al fascismo alemán. China mantiene de igual modo una situación privilegiada en la era de la catástrofe climática: es capaz de introducir gigantescos estímulos económicos y cuenta con un sector industrial avanzado y de escala inigualable, y puede asimismo dirigir poderosas oleadas de adoctrinamiento ideológico masivo hacia cualquier tipo de fines³⁶.

En el futuro próximo, la agencia más verosímil de una descarbonización adecuada —suficiente a fin de mantener el planeta bastante frío para acometer otros objetivos posteriores— es la coordinación de tres fuerzas planetarias: Wall Street, la Unión Europea y la China comunista, cada una con sus inmensas capacidades financieras, regulatorias y productivas. A corto plazo, la guerra ruso-ucraniana y el aumento de las tensiones en torno a Taiwán pueden jugar a favor del capital fósil —con

³⁶ Geoff Mann y Joel Wainwright se refieren al liderazgo chino en la guerra contra el cambio climático como «Mao climático», uno de los cuatro escenarios principales contenidos en su libro *Climate Leviathan: A Political Theory of Our Planetary Future*, Londres y Nueva York, 2018; ed. cast.: *Leviatán climático. Una teoría sobre nuestro futuro planetario*, Madrid, 2018.

los Verdes alemanes doblegándose para cortar bandas de inauguración en centrales de carbón, mientras China y la India se dan un festín de gas y petróleo rusos— pero las perspectivas a más largo plazo quizá jueguen a favor del capital verde³⁷. Pekín lleva tiempo preocupado por su dependencia de los alimentos y el combustible fósil occidentales y ningún informe de seguridad nacional estadounidense está completo sin un fragmento deferente sobre la energía renovable; entre los principales objetivos explícitos de las «inversiones históricas en la producción de energía verde estadounidense» garantizados por la *Inflation Reduction Act* se encontraba el de «disminuir nuestra dependencia de China»³⁸. La ciencia actual sobre el cambio climático, que surgió de la mano de las pruebas atmosféricas concebidas para los satélites y las armas nucleares, fue en sí un producto de la geopolítica de la Guerra Fría; es razonable prever que la reanudación de la competencia energética entre las grandes potencias tendrá una dimensión verde. El resto del mundo bien puede encontrarse en la difícil situación de los revolucionarios indios en la década de 1940, atrapados entre el Imperio británico y el fascismo japonés: elegid qué imperialismo preferís. ¿Capital verde o contaminante? Dicho de esta forma, la elección es desoladora pero clara. La mera supervivencia no es una victoria, pero indudablemente sí es la condición fundamental para alcanzarla.

³⁷ Un análisis sólido de las presiones geopolíticas que pesan sobre la transición energética tras la invasión rusa de Ucrania, en especial sobre cómo la coerción económica estadounidense ha hecho peligrar las cadenas de suministro de las energías renovables, es el de Nichols Mulder, «Building Big Green States in a Tumultuous World», *Noema*, 1 de septiembre de 2022.

³⁸ Véase «Summary of the Energy and Climate Change Investments in the Inflation Reduction Act of 2022», disponible en Internet en (democrats.senate.gov); Robinson Meyer describía la *Inflation Reduction Act* como «una ley aprobada en parte porque los legisladores estadounidenses no querían ceder la industria de tecnologías limpias a China», «The World Could Be Entering a New Era of Climate War», *Atlantic*, 23 de noviembre de 2022. También notable a este respecto es que la tecnología de semiconductores —cuya exportación a China restringió Biden con la *CHIPS and Science Act* aprobada en octubre de 2022— se usa en los coches eléctricos (entre otros bienes de consumo eléctrico).

UN PRECURSOR DE LA IZQUIERDA VERDE ALEMANA

En una reedición anterior a mediados de la década de 1980, la idea del *Green New Deal* (al que en ocasiones se hacía referencia como *Grüner New Deal* o *Ökologischer New Deal*) impregnó los debates de los Verdes alemanes, cuando la noción de *ökologischer Keynesianismus*, o de «keynesianismo alternativo al keynesianismo», circuló entre académicos y economistas ligados al nuevo partido¹. El Linke Forum, liderado por Ludger Volmer, desarrolló la idea de socialismo ecológico, centrado en la reducción de la jornada laboral y la existencia de una industria nacionalizada y más ecológica (en política exterior el Linke Forum adoptó una posición netamente opuesta a la OTAN, pero favorable a la *perestroika*). El principal pensador de esta constelación fue el economista político Elmar Altvater, cofundador de la revista *PROKLA*, que acuñó el término «capitaloceno».

La hipótesis de la reestructuración ecológica de la industria alemana en un marco socialista ganó impulso en la iniciativa «transversal» de comienzos de la década de 1990, que pretendía reunir el ala izquierda de los Verdes, el ala izquierda del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) y el PDS (Partido Socialista Democrático, el partido sucesor del SED, Partido Socialista Unificado de Alemania). Cada uno de estos partidos creó publicaciones ecosocialistas: los Verdes publicaron *Andere Zeiten*; el PDS, *Utopie kreativ*; y el SPD actualizó su anterior publicación, *SPW-Zeitschrift für sozialistische Politik und Wirtschaft*. Esta facción del partido de los Verdes alcanzó una fuerza considerable a comienzos de 1990, y Volmer, un miembro moderado de su ala izquierda, se convirtió en presidente del Partido Verde, logrando integrar al recién creado Partido Verde de Alemania del Este. Pero este bloque de izquierda activo en los Verdes fue rechazado tanto por el campo *realo*, liderado por Joschka Fischer, que criticó su voluntad de establecer coaliciones con comunistas y socialistas de la antigua Alemania del Este, como por los *fundí*, para quienes el ala de izquierda estaba demasiado centrada en el crecimiento económico tradicional (y demasiado abierta a colaborar con comunistas y socialistas). Los Verdes *realo* partidarios del neoliberalismo triunfaron en la década de 1990, absorbiendo la retórica del *Green New Deal*, que pronto desapareció de los debates alemanes. Cuando los neoliberales alemanes retomaron el término en torno a 2009 lo hicieron paradójicamente imitando a sus homólogos estadounidenses de la tercera vía, para quienes la expresión *Green New Deal* era sinónimo de capitalismo verde.

¹ Véase, por ejemplo, Projektgruppe Grüner Morgentau (Hg.), *Perspektiven ökologischer Wirtschaftspolitik: Ansätze zur Kultivierung von ökonomischem Neuland*, Frankfurt, 1986.